



EL BOSQUE Y LA ESTEPA

IVAN TURGENEV

Tal vez haya fatigado al lector con mis relatos de cacería. Que se tranquilice ahora; he señalado el término de estas páginas. Solamente le pido autorización para añadir algunas observaciones cinegéticas.

La caza con escopeta está llena de atractivos por sí misma, "fur sich", como solía decirse cuando estaba de moda la filosofía de Hegel. Si el cielo no os ha hecho cazador, no por eso dejareis de ser amigo de la naturaleza. Por lo tanto, algo que podéis envidiar a los discípulos de San Huberto. ¿O acaso no Llegáis a comprenderme?

.Conocéis los goces que se experimenta cuando se parte para una cacería al romper el alba de un hermoso día primaveral? Estáis en la escalinata; el color del cielo es todavía un gris sombrío, brillan aun algunas estrellas, corre un viento suave, como una ligera onda; perduran los murmullos discretos y confusos de la noche, están los arboles envueltos en una especie de velo. En el carro se coloca la alfombrita, el tarro de té, el samovar. Los caballos se estremecen, piafando; una

pareja de gansos, apenas despiertos, atraviesan silenciosamente el camino. Detrás de una cerca, el guardián ronca tranquilamente. En la atmosfera fresca no hay un solo sonido que no se incruste nítidamente y quede como grabado.

Os instaláis en el vehículo, los caballos arrancan a un tiempo, se pasa frente a la iglesia, se baja la pendiente, luego se dobla a la derecha, junto al dique: el estanque esta cubierto de neblinas blancuzcas; sentís frío, os alzáis el cuello de vuestro abrigo. Los caballos atraviesan con gran ruido los charcos de agua, mientras el cochero silba en el pescante. Poco a poco alumbra la aurora; algunos hilos de fuego surcan el cielo, mientras la niebla se acumula contra los barrancos. Rompe el canto de la alondra, sopla un viento más liviano, el disco purpureo del sol se eleva mas sensiblemente. La luz colorea la cuesta, las colinas, penetra en el fondo de los vallados. Es un derroche de luz, una magnifica armonización de tonos deslumbrantes. El corazón se agita en el pecho como el pájaro en el ramaje; y todo parece decir alegría, bienestar, dicha. Allá lejos asoma una aldea, después la aldehuela, con su iglesia blanca, y una laguna hacia la cual os dirigís. Rápidamente sube el sol, límpido esta el cielo, la mañana será hermosa. Un rebaño sale de la aldea y viene hacia vosotros. Subís un montículo. Y desde arriba, !que espectáculo! Un rio corre, serpentea a lo largo de unas diez "verstas", y a través de la nebulosidad que lo cubre aun parece completamente azul. Verdes praderas se extienden a una y otra orilla. A lo lejos, vuelan en círculo las avefrías sobre los esteros. Se oye el ruido de un carro. Es un campesino que viene al trote de sus caballos y busca un camino sombreado. Cambiáis con él un amistoso saludo. Oís el sonido metálico y chillón de la hoz. El sol sube siempre; pasa una hora, dos horas, ya el calor empieza a sofocar; las campesinas remueven con las horquillas el heno que se seca al sol. El calor es horrible. Parece caldearse el cielo, en el aire se condensan vapores tórridos.

-Amigo, ¿donde hay algo para beber? -
preguntáis a un campesino.

-Allí en el barranco, a la izquierda, hay un manantial.

Atravesáis el soto, los plantíos, y descubris el manantial. Un ramaje de encima se tiende sobre el agua, grandes burbujas plateadas emergen desde el fondo líquido y se rompen en la superficie. Os echáis al borde, habéis aliviado la sed, y al rendiros la fatiga os quedáis inmóvil. Aquí la sombra está impregnada de olorosa frescura, la vegetación se diría que amarillea. Pero..., ¿que ocurre? Súbitamente un golpe de viento barre los campos, se oye sordo ruido. ¿Es un trueno? El cielo ha tomado un color plomizo. . Si, es una tempestad que se acerca; en la lejanía brilla un relámpago. ¿No habrá tiempo todavía para cazar? La nube rápidamente se agranda, avanza sombría. La hierba y los arboles se cubren con un velo oscuro. A resguardarse pronto. ¿No habrá un cobertizo por ahí? Tratemos de hallarle y refugiarnos bajo su techo. Llegáis a tiempo. ! Que tormenta! !La lluvia, los relámpagos! El cobertizo no es muy seguro: llueve en él. Pero, en fin, la tormenta dura poco. Salís de vuestro asilo. !Gran Dios! !Como brilla todo alegremente alrededor vuestro! !Que delicado aroma! !Que bien huelen los enebros, los espinos, las fresas, los hongos!

Ahora cae la tarde. La mitad del cielo se incendia con la gran luz del crepúsculo. El aire tiene una transparencia de cristal. Allá lejos van descendiendo nubes que parecen todavía caldeadas. Con la ligera humedad nocturna, un tinte rojo sombrío se extiende sobre los follajes; las parvas de heno proyectan sobras que se van alargando. Cuando el sol se ha ocultado, una estrella alumbra tranquila sobre el océano rojizo del poniente. Pero este mar empieza a palidecer, el cielo se oscurece de azul, las sombras confunden, es de noche y hay que volver a casa.

Salís otra vez, en vuestro coche, a cazar ortegas. Ya estáis en el bosque. Las copas de los álamos tiemblan, perezosamente se balancean las ramas de los abedules, la encina vigorosa se alza junto al tilo gigante. Seguíis un camino esmaltado de flores, los pájaros gorjean. !Que bien combina el canto de la curruca con el aroma de los lirios silvestres!

Nos internarnos profundamente en el bosque,
donde es mayor la espesura. Una paz y un
extraordinario bienestar se apoderan del alma.
A un repentino soplo de viento, las altas
copas se remueven y producen como un ruido
de cascadas. Hierbas vivaces crecen tupidas,
Aquí y allá, sobre el lecho de hojas
Muertas el año anterior. Salta una liebre, los
Perros corren a perseguirla con una fiesta de
Ladridos.

La selva es hermosa al fin del otoño,
cuando llegan las becacinas. En vez de sol,
hay sombra, un perfume embriagante y una
niebla suspensa allá en la llanura. Se recortan
los arboles sobre un cielo azul pálido, hojas
doradas añaden belleza al colorido del bosque.
Y un día de otoño, con tiempo claro, cuando
ha helado por la mañana y los abedules
tienden ramas de oro, mientras el sol descende,
pero brilla con resplandor más vivo
que en verano, un bosquecillo de álamos sin
hojas, se inunda de claridad y parece gozoso
de su desnudez.

En el rio, la corriente azulada acaricia la ribera,
trae balanceando gansos y patos y oís
el ruido de un molino a lo lejos.

También los días brumosos tienen su encanto.
No gustan a los cazadores, porque el
animal escapa y desaparece en la indecisión
de los vapores blancuzcos. Pero todo esta
tranquilo alrededor, ningún árbol, ninguna
hoja se mueve, todo parece reposar con delicia.
Una línea negra se tiende, horizontalmente,
por encima de la niebla: imagináis
que es el cortinaje de un bosque. No, ved: es
una faja de ajeno que crece a lo largo entre
dos campos.

Vais a visitar un campo lejano de la estepa.
Después de seguir una serie de caminitos
llegáis a la gran vía. Pasáis por delante de las
posadas, cuyos portones abiertos os dejan
ver en medio del patio el brocal del pozo.
Andáis durante horas y horas... Las urracas
Revolotean sobre los sauces que bordean
el camino. Las campesinas, armadas de largos
rastrillos, atraviesan la pradera. Cubierto
con un viejo manto, camina lentamente un
labriego. Por el camino viene un gran coche
señorial; en la parte trasera va sentado un
pobre lacayo, salpicado de barro hasta las

cejas.

Allá lejos hay una ciudad con sus casitas
de madera, sus casas comerciales de ladrillo,
el viejo puente tendido sobre el río... ¡Adelante!
Comienza la estepa. En medio de la llanura,
algunas lomas cultivadas parecen ondas.
Barrancos tapizados de gramilla forman accidentes
en el terreno. Algún campanario blanco
se muestra en la lejanía. Alegremente serpentea
un riachuelo; interrumpe su curso
algún dique. Se ven avutardas temerosamente
inmóviles. Una vieja mansión refleja sus
torrecillas en un pequeño estanque. Seguís
caminando, y al fin llegáis a la estepa, la verdadera
estepa, inmensa, sin límites.

En el invierno se da la caza de liebres sobre
los montículos de nieve. Temperatura
baja, aire glacial. Tiene el cielo un tinte verdoso
que hace resaltar los árboles rojizos.

Luego, en los primeros días de la primavera,
cuando la estepa renace, el sol viene a
calentar los campos, a consolar a la pequeña
alondra, mientras los torrentes, llenos de espuma,
se precipitan de barranco en barranco,
con un mugido sordo.

Es tiempo de terminar. Acabo de tocar el
terna de la primavera, cuya imagen acude
muy oportuna. En la primavera la separación'
es menos penosa. Hasta los dichosos se sienten
Atraídos hacia países lejanos, donde la
naturaleza sonrío a la fantasía y llama a los
viajeros... Adiós, queridos lectores, sed felices
siempre.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

